

ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE LA II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (MEDELLÍN)

Si la Iglesia de América Latina no tuvo una contribución especialmente significativa en la elaboración de los documentos del Concilio, cuando se pasó a su aplicación todo irrumpió en ella con una fuerte carga de novedad, criticidad y entusiasmo. De muy vasta materia, suscitaba una profunda y global “revisión de vida” de mentalidades, instituciones y actividades. El acontecimiento conciliar irrumpió así con una detonante carga de novedad en el continente americano. La Iglesia se encontró envuelta en la vivacidad de ser noticia, cuando antes corría el riesgo de pasar como una presencia tan masiva como inerte. Despertaba un gran entusiasmo. Suscitaba un “boom” de lecturas teológicas, espirituales, pastorales, en un consumo apasionado de novedades editoriales europeas. Ponía en intenso movimiento a fuerzas vivas de la Iglesia, alimentaba y difundía la sed de “*aggiornamento*”.

Durante los años del Concilio y en los inmediatos sucesivos, el CELAM cumplió un importante servicio en la difusión de las enseñanzas conciliares, sobre todo en el orden de una renovada autoconciencia y autorrealización eclesiales, y en la sensibilización de las Iglesias locales de América Latina respecto al “*aggiornamento*” requerido. El servicio del CELAM fue entonces de aliento y apoyo a la renovación conciliar que procede intensamente, ante todo en la renovación litúrgica, la pastoral bíblica y sacramental, la catequesis, la vida comunitaria, la pastoral de conjunto, la promoción de los laicos, el diálogo ecuménico, etc. Alimentó por doquier el “*aggiornamento*” de los llamados “agentes pastorales”. Ese viento intenso y refrescante de reformas a todos los niveles de la vida eclesial ayudó a ir superando formas institucionales y esquemas mentales y pastorales que en muchos lugares corrían el riesgo de fosilizarse por inercia y que no lograban responder

adecuadamente a nuevos problemas y desafíos que emergían por doquier en una realidad latinoamericana en intensa transformación, perdiendo pues dinamismo misionero efectivo. Son años de fervientes entusiasmos; la Iglesia aparecía como novedad sorprendente, en intenso movimiento de rejuvenecimiento, de renovación.

Sin embargo, junto con esa necesaria y benéfica renovación, América Latina quedó también bajo el impacto de la difusión de lecturas secularizantes del Concilio que provenían de las sociedades de la abundancia y el bienestar, reductoras del misterio de la Iglesia y que tendían a contraponer una Iglesia “institucional” y una Iglesia “comunidad”, sacramentalización y evangelización, catequesis personalizante y catolicismo de masas, fe adulta y religiosidad “supersticiosa”, alimentando ráfagas de crisis de identidad, sobre todo a nivel clerical, y una vasta ola iconoclástica de las formas tradicionales de piedad popular. Los torbellinos de crisis en la catolicidad provocaban expresiones dramáticas de S.S. Pablo VI, como aquéllas del 7 de diciembre 1968 en que observaba que “la Iglesia se encuentra en una hora de inquietud, de autocrítica, se diría incluso de autodestrucción”, en la que hay que poner toda la confianza en Cristo. “Es El quien calmara la tempestad”, concluía. ¿Cómo era posible que al Concilio de la más profunda y hermosa eclesiología de comunión le hubieran seguido tantas manifestaciones de crisis de identidad cristiana, sacerdotal y religiosa, de desafección, contestación y manipulación de la Iglesia? Esa fue la cruz que cargó con santa paciencia y esperanza. Desde 1968 a 1974 se sufrieron los tiempos más dramáticos de crisis y prueba post-conciliares, mientras la Iglesia en América Latina pagaba también muchos costos de su camino hacia la madurez.

Al mismo tiempo, abrir las ventanas al mundo significó para la Iglesia en América Latina toda otra cosa que el optimismo del diálogo “iglesia-mundo”, tan apacible en ámbitos nord-atlánticos de “boom” económico y coexistencia pacífica. Provocó la irrupción en el seno de las comunidades cristianas de la crisis

latinoamericana de los “años calientes” de la década del sesenta, desatada por la revolución cubana y polarizada en todas sus contradicciones y conflictos. A la Iglesia latinoamericana le tocó abrir las ventanas al mundo para ponerse al servicio de sus pueblos en medio de una tormenta huracanada. Por una parte, llegaba a su ápice una fase de altas mareas de politización e ideologización: el “68” evoca la guerra de Vietnam, el reguero de pólvora del “mayo francés” y la “contestación” universitaria en todas partes, la revolución cultural china, pero sobre todo la proyección de la inflexión socialista, marxista, insurreccional de la revolución cubana, proponiéndose estratégicamente como revolución latinoamericana, en el apoyo teórico y práctico de los focos guerrilleros nacidos por doquier. Por otra parte, fracasaba la Alianza para el Progreso, se agotaban los programas “desarrollistas” y los Estados Unidos daban preferencia al método más económico, expeditivo y brutal de las armas, apoyando una sucesión de golpes militares represivos, desde el del 1964 en Brasil. Conmovida y comprometida, la Iglesia queda en el epicentro de la tormenta. Sectores significativos de militancia clerical y universitaria, sensibilizados por estridentes situaciones de injusticia y desigualdad, lanzados a la vida política, partícipes en movimientos universitarios y en luchas sindicales y populares, intentan abrir caminos al Evangelio pero no pocas veces terminan absorbidos por esas mareas ideológicas dominantes, en la que muchas veces la salvación parecía quedar confiada a la conquista del poder, a la revolución mesiánica, al cambio de estructuras generador de hombres nuevos, a la alianza entre cristianos y marxistas, e incluso, para algunas franjas, a la lucha armada. La muerte de Camilo Torres en 1966 fue signo de una época de sangre.

Impulsado por esos entusiasmos renovadores pero en un contexto latinoamericano cargado de fuertes tensiones, el CELAM propuso la realización de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que S.S. Pablo VI convocó a Medellín del 26 de agosto al 7 de setiembre de 1968, para ir acompasando y orientando el camino de “la Iglesia en las actuales transformaciones de América

Latina a la luz del Concilio” (tal fue su tema). Era la primera vez que el episcopado de un sub-continente se reunía para una revisión y renovación tan globales, según el espíritu y las enseñanzas del Concilio. Tuvo lugar en un clima álgido que se vivía en América Latina.

La II Conferencia General del Episcopado Latinoamericana fue inmediatamente precedida por el Congreso Eucarístico Internacional en Bogotá y, con motivo de este evento, por la primera visita de un pontífice a tierras latinoamericanas. S.S. Pablo VI había publicado recientemente la Encíclica *Populorum Progressio* (26.III.77), que tuvo una acogida entusiasta en la Iglesia de América Latina: planteó la cuestión social como cuestión internacional, la exigencia de un desarrollo integral y una auténtica cooperación internacional, la crítica del “imperialismo internacional del dinero”, la necesidad de “reformas urgentes, audaces y valientes”, e incluso retomó la doctrina tradicional de la resistencia y de la insurrección contra tiranías prolongadas e insoportables. Preocupado por las estrategias violentas en América Latina, Pablo VI fue muy terminante en afirmar que “la violencia no es cristiana ni evangélica”, pero mostró toda su sensibilidad social en el encuentro con los campesinos, denunciando las variadas formas de explotación que sufren. No hubo en “Medellín” cuestionamiento alguno a la doctrina y la autoridad de la Iglesia. A diferencia de otras instancias eclesíásticas, se agradeció al Papa por la *Humanem Vitae*, sobre todo desde la grave preocupación por el tremendo aparato propagandístico, financiero y político de un imperialismo “neo-malthusiano” y de su cultura contra la vida.

Es importante tener en cuenta que la Conferencia de Medellín tuvo mucho menor preparación y contribuciones desde las Iglesias locales en América Latina que las siguientes Conferencias Generales en Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Apenas se estaban constituyendo las Conferencias episcopales nacionales de muchos países latinoamericanos y la conciencia de una colegialidad episcopal latinoamericana toda vía era muy escasa. La Conferencia de Medellín tuvo como protagonistas a un grupo

de Prelados que fueron “adelantados” en dicha conciencia y en el compromiso de servicio a nuestros pueblos.

Entre los documentos conclusivos tuvo un eco muy grande aquél sobre la “paz”, por sus fuertes tintas de denuncia sobre el “colonialismo interno” y el “colonialismo externo” sufrido por los pueblos latinoamericanos, enlazando referencias a la “violencia institucionalizada” y la “violencia insurreccional”. Lecturas parciales de “Medellín” dejaron en sombras ponencias y variados documentos conclusivos de la II Conferencia que afrontaban con renovada solicitud pastoral e intentos de adecuada inculturación muchas otras realidades de la misión de la Iglesia.

Diez años después del evento de Medellín, el Beato Juan Pablo II distinguía entre las valiosas conclusiones de la Conferencia de Medellín y sus interpretaciones reduccionistas, y recapitulaba tres aspectos fundamentales en el legado de dicho evento: “la opción por el hombre latinoamericano en su totalidad (...), su amor preferencial, y no exclusivo, por los pobres (...), su anhelo por una liberación integral de los hombres y los pueblos”.

En efecto, en Medellín emergieron vigorosamente dos temas mayores: el de los pobres y el de la liberación. La Iglesia latinoamericana retomaba y replanteaba, desde la gran tradición católica, la figura de la “Iglesia de los pobres”. Ya lo había dicho S.S. Juan XXIII un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II: “Ante los países subdesarrollados, la Iglesia se presenta como es y quiere ser: la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres”. Si esto no había encontrado su debida estatura en los debates conciliares, porque el mundo europeo en pleno *boom* económico y configuración de la sociedad del bienestar pesaba prevalentemente, la fue adquiriendo desde “Medellín”, como auto-conciencia de la Iglesia latinoamericana y aporte fundamental a la catolicidad. ¿Podría ser de otro modo en un mundo concreto de encarnación y misión caracterizado por el arraigo en la Iglesia

de multitudes de latinoamericanos que sufren la pobreza y que reconocen en el cristianismo su dignidad y esperanza? El amor preferencial por los pobres se convirtió en opción evangélica que acompañó el camino de la Iglesia latinoamericana en sus Conferencias Generales del Episcopado hasta Aparecida. Fue importantísima contribución de la Iglesia latinoamericana a la catolicidad.

A su vez, de fuentes bíblicas se tomó el tema de la liberación, que evocaba también corrientes históricas de los llamados “movimientos de liberación”. Es en ese contexto que se incubaron y expresaron las primeras sistematizaciones de lo que será llamada la “teología de la liberación”, cuyas intuiciones proféticas serán también muy importantes en el camino de la Iglesia latinoamericana aunque necesitadas de ser liberadas de involucros ideológicos y, en especial, de su atracción del marxismo como presunta mediación “científica” y como praxis social revolucionaria. Además, Medellín dio especial impulso y aliento a las comunidades eclesiales de base, sobre todo como modalidad de participación de sectores populares marginados, donde no llegan las estructuras eclesiales tradicionales.

Sería excesivo definir a “Medellín” como una traducción latinoamericana del Concilio Ecuménico Vaticano II, pues no pretendió ni pudo abarcarlo todo. Podría considerarse más bien como una “inculturación” de la *Gaudium et Spes*, desde una incisiva conciencia cristiana y latinoamericana de pertenencia a pueblos pobres y dependientes, urgidos por transformaciones profundas y audaces. La *Lumen Gentium* quedaba algo implícita, sin una más atenta y profunda consideración. Once años más tarde, la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla de los Ángeles contó ya con una muy hermosa eclesiología desde América Latina.

Impresiona que en ninguno de sus numerosos documentos se citaba a la Virgen María en un continente de un catolicismo popular mariano (a diferencia de lo que será la preciosa mariología del documento de Puebla). El afrontamiento de la realidad

latinoamericana, tan importante en muchos aspectos, se concentraba en Medellín sobre todo a nivel sociológico. Le faltó el sentido de “pueblo”, prefiriendo la dialéctica entre “pastoral de elites” y “pastoral de masas”, y, por eso, salvo alguna referencia aislada no fue capaz de considerar su cultura y religiosidad popular. Sólo en el documento sobre “pastoral popular” hay algunas referencias, pero que muestran una distancia muy crítica de la religiosidad popular. Su mejor intuición fue el advertir que “esta religiosidad pone a la Iglesia ante el dilema de continuar siendo Iglesia universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí, a aquellos hombres que se expresan con este tipo de religiosidad. Por ser Iglesia, y no secta, deberá ofrecer su mensaje de salvación a todos los hombres, corriendo quizás el riesgo de que no todos lo acepten del mismo modo y en la misma intensidad”. Resalta en contraste lo mejor de la Conferencia de Puebla que fueron sus excelentes capítulos sobre la “evangelización de la cultura y de la religiosidad popular”.

Con “Medellín”, la Iglesia vuelve a irrumpir en la historia de América Latina con dinámica y voz propias, en sintonía y respuesta a las grandes necesidades colectivas de los pueblos. Por eso, desborda los marcos eclesiásticos y se proyecta en todo el continente. Por eso, marca la primera presencia significativa y contribución original de la Iglesia latinoamericana en el concierto de la catolicidad. Es cierto que 50 años han pasado y se dejan sentir relejendo los documentos de Medellín. Y esto no sólo por los acelerados e intensos cambios de escenarios vividos en estas décadas. Hubo que recorrer en ellas un arduo camino de discernimiento para llegar a ese tiempo de madurez de la autoconciencia eclesial y latinoamericana que se expresó en la Conferencia de Aparecida (mayo de 2007). Pero la Conferencia de Medellín fue como el alba iluminante de ese largo e intenso camino.

Dr. Guzmán M. Carriquiry Lecour

Secretario encargado de la Vice-Presidencia
Comisión Pontificia para América Latina